



ADMINISTRACIÓN:
 RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
 BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147
 Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:
 D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:
 D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.
 Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
 Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
 D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Mailló.
 D. Gabriel J. Llompart.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.



Paciano Ross

A LOS TRADICIONALISTAS

RECIENTES cambios ocurridos en la política parlamentaria han venido á demostrar una vez más que nada hay permanente ni fundamental en los sistemas liberales sino el propio liberalismo.

El error, la variedad y la incertidumbre son la esencia y el eje del sistema liberal, y no existe el criterio común por la mutabilidad de sus leyes y por la libre interpretación que les dan los partidos. Así hoy, á lo que uno llama opinión pública y solución gubernamental, califican otros de usurpación de facultades y arbitraria resolución.

Convencido el país de que las elecciones vienen siendo el deseo y capricho de los gobernantes, y jamás la verdadera expresión de la voluntad de los pueblos, era lógico, y ya está demostrado hasta la saciedad, que el sistema parlamentario hubiera caído en desestimación y descrédito tan generales, que para detener su completa ruina se ha hecho preciso dar á sus resortes alguna novedad, para que la ya desilusionada multitud no caiga con su oposición y su anatema sobre los privilegiados caciques de la política y se adormezca por algún tiempo más con los aparatos de una fingida soberanía nacional.

Tales son la razón y el origen del sufragio universal que va á regir las elecciones próximas.

Con asombro, y como demostración de todas estas verdades, hemos visto subir al poder á un Gobierno resuelta pero embozadamente contrario á esos procedimientos, que llamándose conservador va, sin embargo, á aplicar las doctrinas liberalísimas que contra su voluntad otros defendieron y lograron imponer.

Nos hablan de sinceridad electoral, de opinión pública y de que las masas españolas se hagan oír por sus votos. Pues bien: cuando la patria perece por la inmoralidad escandalosa y manifiesta de la Administración, la enormidad de los tributos, el extrangerismo de los tratados y el ataque á la libertad y grandeza de la Iglesia, la gran Comunión tradicionalista, fiel

á su historia de abnegación y de sacrificios, no puede ni debe permanecer en su anterior actitud de espectadora angustiada ante las desventuras nacionales, y movida por su fe religiosa, su convicción monárquica y su entusiasmo patriótico, va á intervenir en las luchas administrativas, que deberían significar las elecciones provinciales y municipales, y quizás los graves acontecimientos que se presienten la impulsen también á acudir á las elecciones de diputados á Cortes.

Por lo tanto, recomiendo encarecidamente á todos los tradicionalistas que reserven sus votos, sin comprometerlos por razón ni pretexto alguno, por si nuestro augusto Jefe, el señor Duque de Madrid, ordena intervengamos aún en estas elecciones, y en tal caso nadie falte al cumplimiento ineludible de su deber de votar á los candidatos carlistas que merezcan la autorización del augusto desterrado.

Y á cuantas de estas luchas acudamos será con un propósito estrictamente moralizador, decididamente económico, terminantemente proteccionista, y con el espíritu más genuino, tradicional, español.

Para nosotros no hay diferencias entre los partidos y las escuelas liberales; todos son por igual nuestros contrarios, y á todos haremos la misma noble, resuelta, enérgica y constante oposición: oposición dentro de la legalidad que nos imponen. Y al acudir á las elecciones nos guiará nuestra bandera, de la que no suprimimos ni un solo principio ni una sola afirmación.

Lucharemos con nuestras propias fuerzas, si la sinceridad que se ofrece por el Gobierno es algo más que una simple promesa, como tantas otras que se redujeron á pomposas palabras.

Encargo, pues, terminantemente á los amigos que pongan esmerado empeño y atención en la formación del censo, que ha de ser la base de todas las elecciones.

Y para el estudio y resolución de cuantas dificultades se presenten y defensa de nuestros derechos, se crea en Madrid un Comité electoral, compuesto de distinguidos abogados y de ilustrados periodistas,

que sostendrán nuestra razón, aconsejarán en los puntos dudosos de aplicación de la ley y auxiliarán en sus trabajos á la Junta central.

Cumplamos todos con nuestro deber en esta lucha pacífica, á la que os llamo por orden augusta que merece nuestra entusiasta obediencia.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

Madrid, 23 de Julio de 1890.

DOS PALABRAS

COMO era de esperar, nuestro apreciable colega *El Centro* nos dice estar del todo á nuestro lado, respecto al artículo de fondo del último número de EL ESTANDARTE REAL.

Cierto es que á juzgar por el cariz que presentan los celajes políticos, no estamos en visperas de otra guerra civil; pero.... el tiempo dirá si somos ó no pesimistas con razón al desconfiar de las promesas de nuestros adversarios políticos, como también de la tolerancia de las masas educadas al estilo liberal.

Díganlo, si no, las turbas valencianas en la jornada del 10 de Abril, que recibieron con adoquines al delegado del R., que de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad no había predicado más que ideas de paz y de atracción.

¿Habrá quien se comprometa á conquistar tales corazones de otra forma que con argumentos contundentes?—O.

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

Pormenores de la acción de Mañeru, llamada por los liberales de Puente la Reina, ganada por los carlistas al mando de Ollo, el 6 de Octubre.—Acción de Montejurra, ganada por los carlistas al mando de Elío y Dorregaray, los días 7, 8 y 9 de Noviembre.—El cañón de las Amezcuas.—Sobre adquisición de cañones en Inglaterra, y demás sucesos hasta 1.º de Diciembre.

No bien se encargó del mando en jefe el General Moriones, dispuso dar un golpe de mano sobre Estella, aprovechándose de la escasez de fuerzas que había entonces en Navarra, ocupadas las demás en los bloqueos de Bilbao y Tolosa, como hemos dicho al final del anterior capítulo. El 5.º Batallón navarro se estaba organizando en la frontera, y sólo tenía disponibles el Ge-

neral carlista Ollo los Batallones 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de Navarra, con los que cubría también destacamentos importantes. La caballería se hallaba en Allo y Oteiza, organizándose por el Comandante que fué del ejército liberal D. Fernando Ordóñez (1) á causa de hallarse en Francia curándose una herida su jefe antiguo Pérula. El Brigadier Mendiri se hallaba en cambio operando en Navarra con dos ó tres Batallones alaveses, juntándose entre todas las fuerzas carlistas un total de unos 5.000 hombres y las cuatro piezas de la Batería de montaña. El General Moriones contaba para la operación proyectada, con 10.000 hombres, cuatro escuadrones y 16 cañones.

El servicio de confidencias se hacía entonces con la mayor puntualidad entre los carlistas, porque la Junta de Navarra consagraba á él sumas importantes. A veces era desempeñado por mujeres, y sea por la inmensa popularidad de Ollo en el país, ó por el realismo interesado de las villas y pueblos de la provincia, ó sea por lo que se quiera, repetimos, no daba un paso el Comandante general sin encontrar multitud de gentes que le informaban menudamente y al minuto de los movimientos del enemigo. Noches había en que no podía aquél consagrarse al sueño tres horas seguidas sin verse interrumpido cinco ó seis veces.

Debido á esto, supo el día 4 el General carlista que su contrario el General Moriones había concentrado fuerzas respetables en Tafalla y Puente la Reina; que se decía intentaba dirigirse á Estella y arrasarla (palabras textuales), como la principal guarida de los carlistas. Inmediatamente dispuso Ollo aprovecharse de las ventajosas posiciones que protegen á Estella por el O., y en su consecuencia ordenó á los Batallones 1.º y 2.º y una sección de la Batería adelantasen y ocuparan Mañeru, Cirauqui y sobre todo la elevada ermita de Santa Bárbara, cuya situación, á la izquierda y avanzada sobre Puente, la permitía fácilmente ver los movimientos del enemigo, prevenirlos é impedir su paso, flanqueando su marcha desde el mismo instante de su salida de Puente. A la vez previno al jefe de los alaveses, Mendiri, que dejando la fuerza más indispensable para cubrir La Solana y Villatuerta, avanzara con el resto en el momento de oír fuego hacia Mañeru y por el camino más corto. Llegamos al día 5.

Así las cosas, y hallándose de vanguardia delante de la ermita el 2.º Batallón de Navarra, adelantó Moriones su división en dos columnas, sin previo flaqueo ni exploradores. La una, más pequeña, emprendió la marcha por la carretera, que sube unos tres kilómetros,

(1) El comandante retirado D. Fernando Ordóñez procedía del arma de Caballería, donde había desempeñado buenos y largos servicios. Organizó el escuadrón de la Escolta Real, en junio de 1874, habiendo antes sido segundo de Pérula en la Caballería de Navarra, asistiendo con ella á las acciones de Allo, Dicastillo y Montejurra. Ni la Caballería ni la sección de Artillería que mandaban Iza y Hernández Charrier, pudieron tomar parte en la acción. La primera, por la clase de terreno en que se operaba, y la segunda, por hallarse lejos del lugar de la pelea como reserva, á las órdenes de D. Ramón Argonz.

empezando desde el mismo Puente; la otra, más considerable, al oír el fuego de flanco con que fué saludada la primera, subió de frente á la ermita, procurando envolver toda la posición carlista de la izquierda. Visto esto por Olló, que se hallaba en el mismo lugar del combate, ordenó al 1.º Batallón reforzase á la carrera al 2.º, el cual á las once de la mañana se hallaba envuelto por todas partes. El ataque fué tan rápido y la defensa tan obstinada, que la ermita fué perdida y vuelta á recuperar dos veces por Radica y su aguerrido Batallón. Apenas tuvieron tiempo en este combate de disparar sus fusiles, verificándose, por consiguiente, el choque al arma blanca. A la segunda vez no pudo ya abrirse paso el 2.º de Navarra, á pesar de su bravura, por el considerable número de enemigos que le rodeaba; hasta que, animado al ver llegar el 1.º en su auxilio, hizo un último esfuerzo, y entre los dos lograron al fin romper el círculo enemigo á la bayoneta. No consiguió esto sin grandes pérdidas por parte de los carlistas, si bien no eran menores las de los republicanos, por hacerse el fuego á quemarropa, y sobre todo por el ímpetu con que se cruzaron las bayonetas por una y otra parte.

Retiróse, pues, por escalones y ordenadamente el 2.º Batallón, para rehacerse al abrigo del 1.º que llegaba de refresco. Este con el General carlista y su Teniente coronel Rodríguez á la cabeza, restableció al poco tiempo el combate, y á favor de otra nueva carga á la bayoneta dada con grande empuje, volvió á quedar otra vez por los carlistas la ermita de Santa Bárbara. El jefe de los alaveses, Mendiri, contribuyó eficazmente, y con bravura al buen resultado de la operación, demostrando entonces aquél sus excelentes dotes militares.

El General Moriones, en vista de las muchas bajas que habían experimentado sus fuerzas, ordenó su retirada, para rehacerlas aprovechándose de los accidentes del terreno, sin abandonar al parecer su idea de intentar el paso á Estella. Conocido esto por Olló, ordenó al Comandante de la Batería de montaña, Reyero, hiciese fuego ganando terreno con aquélla, empleando la granada ó metralla según conviniese. Hízolo así con la mayor serenidad é inteligencia Reyero, teniendo la fortuna de acertar con algunos tiros el centro de las masas enemigas. Unido este buen resultado al ataque simultáneo de los Batallones alaveses y navarros, hicieron que Moriones se decidiese á emprender la retirada con dirección á Puente, donde entraron en el mayor desorden, seguidos de cerca por las bayonetas del ejército carlista (1), no deteniéndose ni aun

(1) Tenemos que llenar un alto deber de justicia al hablar de la acción de Mañeru. Cuando la brusca acometida de los carlistas hizo huir á la desbandada la vanguardia liberal, el general Moriones, puesto á la cabeza del puente, hizo rehacer sus fuerzas y volver á atacar haciendo cara al enemigo, encargando al capitán de Ingenieros Cazorla contuviese la huida de las tropas con su compañía. Así lo hizo este bravo y pundonoroso oficial; pero costóle la vida, dejando en el campo 37

á pernoctar en dicho pueblo y abandonando sus heridos en los hospitales.

El General carlista se replegó con sus fuerzas sobre Estella, y el liberal á Tafalla, donde tan quebrantadas quedaron las suyas, que hubo de permanecer inactivo en aquel punto por espacio de más de un mes. Las pérdidas del ejército liberal fueron 35 muertos y 360 heridos; las del carlista fueron mayores, pues llegaron á 500 hombres fuera de combate.

Durante la acción del 6, el capitán del 2.º de Navarra, Alvarez Sobrino, fué herido por sus mismos soldados, á causa de que, habiéndose caído al suelo y perdido la boina, los voluntarios de su Batallón le creyeron liberal, pues la levita y pantalón que llevaba eran los que había usado en el ejército contrario.

Entre los desaparecidos se contaba otro oficial carlista, procedente del ejército también, llamado Mas, el cual era ayudante del Batallón de Radica, y al que éste profesaba singular cariño. Por eso al día siguiente, ignorándose su paradero y creyéndole acaso entre los heridos que el enemigo recogió y llevó á Puente, marchó Rada á este pueblo, acompañado de algunos pocos oficiales, para volverlo á Estella, si era vivo, ó enterrarlo, si era muerto. Por desgracia suya, se le encontró entre los cadáveres enemigos, no lejos de la ermita de Santa Bárbara, dándosele después la debida sepultura. En el hospital de Puente visitó Rada los heridos enemigos, entre los cuales se encontraban los oficiales de Estado Mayor y Artillería Pulgar y Moya. Tanto los heridos como el pueblo, casi en masa, confirmaron á aquél todas las noticias que llevamos expuestas en este relato.

Por aquellos días se dijo que 17 heridos que los Batallones carlistas no pudieron llevarse al ser desalojados de la ermita por los liberales la primera vez, fueron fusilados después inhumanamente, encontrándoseles muertos al ser recuperada la posición. Como quiera que esto no tenía fácil comprobación por unos ni por otros, sólo lo consignamos como un rumor. Creemos, sin embargo, no sería cierto, pues de haberlo sido, es seguro que en las acciones siguientes se hubieran verificado sangrientas represalias, cosa que hubiera dado un carácter á la guerra que no tuvo después, afortunadamente para unos y otros.

Llegamos ya á la célebre batalla de Montejurra, para la cual se concentró previamente el grueso del ejército liberal en Logroño y el carlista en Estella. En esta acción jugaron las tres armas y duró tres días.

A los dos días de la acción de Mañeru entró en Estella Don Carlos con su Cuartel Real, los Generales carlistas Elío, Dorregaray, Valde-Espina y Velasco, con cuatro Batallones vizcaínos de refuerzo, por si Olló no había podido impedir el paso de Moriones el 6 de Octubre. Como vemos, el refuerzo no llegó á tiempo; pero tanto Don Carlos como sus tropas fueron por el camino más corto, es decir, por las Amezcuas, y con-

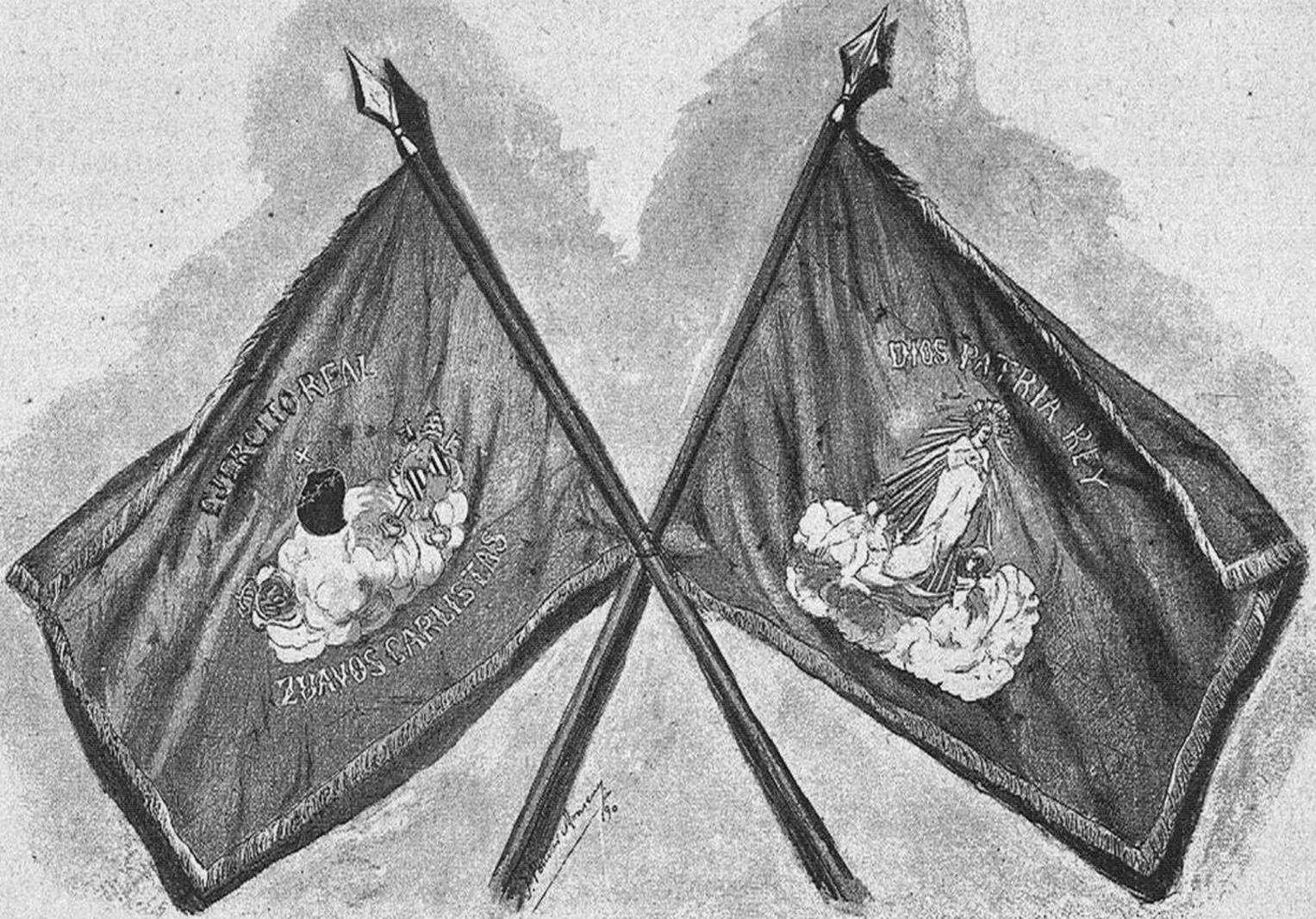
de sus zapadores. Su temprana muerte fué muy sentida entre sus compañeros de armas, y su nombre citado con elogio por sus mismos enemigos.

tribuyeron al feliz éxito de la acción que se preparaba. El ejército carlista, pues, se componía de los Batallones 1.º de Castilla, 1.º de Arratia, Durango, Guernica, el riojano, cuatro alaveses y cinco navarros, total ocho mil hombres de Infantería, los 200 caballos escasos que mandaba Pérula y las cuatro piezas de montaña de Rejero.

El ejército republicano se componía próximamente del doble, ó sean dieciséis mil hombres, más de mil caballos y 28 cañones, entre los que se contaban ocho de batalla sistema Krupp. Con motivo de haber pen-

sado celebrar Don Carlos el día de su santo (4 de Noviembre), al mismo tiempo que la llegada al Real del Infante Don Alfonso, su hermano, y de su esposa Doña Nieves de Braganza, con corridas de toros y otras diversiones propias del caso, el objetivo del General Moriones era apoderarse de Estella en aquellos días precisamente, calculando que con las diversiones que se preparaban no tendrían muchos deseos de combatir los Batallones carlistas y su moral se hallaría acaso quebrantada.

Amaneció el día 3, y Moriones salió muy de mañana



Ejército Real de Cataluña.—Bandera del Batallón de Zuavos.

de Los Arcos con los Generales Primo de Rivera, Ruiz Dana, Terreros y otros. La niebla que cubría el horizonte, lejos de evaporarse, como se presumió, se deshizo en menuda lluvia al poco rato, conforme iba avanzando el día, y como no presentaba indicios de despejar, ordenó la vuelta á Los Arcos.

Los Batallones carlistas, al saber por sus confidentes el movimiento de los republicanos (1), ocuparon en

(1) No eran malas tampoco las que tenían los liberales, á pesar de achacar á los carlistas que el país en masa era quien desempeñaba el servicio de confianzas. No negaremos que, especialmente en Navarra, eran éstas excelentes entre los carlistas, y que durante el sitio de Bilbao y durante su bloqueo, hasta la terminación de la guerra, sabíanse día por día y hora por hora los pensamientos del comandante general liberal de Vizcaya; pero no escaseaban tampoco entre éstos, singular-

buen orden Arróniz, Luquin, Barbarin, Urquiola y Villamayor, saliendo también á Arqueta los Batallones que ocupaban Villatuerta, Abárzuza y demás. Ni el Cuartel general ni los Generales salieron de Estella, excepción hecha de Olo, porque la noticia del avance de Moriones coincidió con la de su regreso á Los Arcos.

Celebráronse, pues, las fiestas con la mayor alegría:

mente durante el mando del general D. Domingo Moriones. Como del país, rodeado de mucha popularidad entre los navarros de su comunión política, no dejaba de contar con numerosos y seguros confidentes, unos por amor y otros por miedo.

Recordamos haber oído decir al general carlista Olo que más de un espía de Moriones había sido cogido, convicto y confeso, y fusilado después por Rosas Samaniego. Algunos es-

se lidiaron algunos becerros, y se racionaron abundantemente los Batallones, á cuyo fin se relevaban éstos durante los días 4, 5 y 6, para que todos disfrutasen de aquéllas. Todo esto se hacía á ciencia y paciencia de Moriones, detenido forzosamente por el temporal, y que deseaba estorbarlas á todo trance.

Llegó por fin el día 7, y á la misma hora, próximamente, de la mañana, franqueaba el general Moriones las gargantas de la sierra de Cogullo, dando vista á las posiciones carlistas, que ocupaban sus Batallones aprestados al combate. Casi al romperse el fuego de las guerrillas y el de la artillería liberal, llegó el General Elío con su Cuartel general, y Don Carlos con el Real al mediodía. Dividió Moriones su fuerza en dos columnas desiguales: la de su derecha avanzó, protegida por el fuego de sus 20 piezas de montaña, con intención de envolver la izquierda carlista, defendida por Ollo y los navarros. La otra columna, más pequeña, adelantó pausadamente por la carretera, con la caballería y artillería montada, con la idea sin duda de apoderarse de Villamayor y Monjardín, donde se apoyaba la derecha carlista.

pías fueron arrojados á la renombrada sima de Igúsquiza, que tan triste celebridad ha adquirido luego á la terminación de la guerra. Aprovecharemos esta ocasión para decir algunas palabras sobre el particular. Muchas veces hemos pasado cerca de aquel sitio, y nunca hemos tenido la curiosidad de verlo, por desconocer su importancia, que, repetimos, es debida, á nuestro juicio, á la que los periódicos le han dado. Hemos hecho la guerra desde septiembre del 73 hasta su conclusión, y bajo la fe de nuestra palabra podemos asegurar que no hemos oído hablar, ni mucho menos presenciado las sangrientas hecatombes que después de la paz se han narrado.

Corría, sí, entre todos un rumor extraño y misterioso respecto á Rosas; pero rumor que se refería á haber fusilado sin formación de causa á algunos infelices prisioneros, habiendo arrojado luego sus cadáveres á la sima de Igúsquiza. Podrá ser que éste sea el fundamento de las voces que corrían sobre tan célebre personaje. Tiene, sin embargo, una disculpa, por más que nuestra intención no sea defenderle, pues apenas si le hemos visto dos ó tres veces. Jefe al principio de unos cuantos partidarios, obraba de una manera independiente en cierto modo, y podrá ser seguramente que tratase de dominar por el terror á la comarca, haciendo ejecuciones que no llevaban el sello de la aprobación de sus superiores y ni acaso de sus iguales. Pero ¿quién entre todos los partidarios irregulares liberales podrá tirarle la primera piedra? Desconocemos sus hechos; pero sin salir del terreno de las conjeturas nos atrevemos á sentar como base que Rosas Samaniego jamás desempeñó papel ninguno en medio del ejército carlista, que estaba en organización, y cuyo gobierno político y administrativo se hallaba en embrión, circunstancias que atenúan, digámoslo así, los violentos excesos del partidario navarro. ¿Obraron mejor que él muchos de los liberales, cuyo nombre no creemos oportuno citar, tanto en esta campaña como en la pasada guerra civil, los cuales fueron después premiados por su Gobierno? Repetimos que nos lavamos las manos en el asunto; que condenamos todos los crímenes que se han cometido por unos y por otros; pero nos faltan datos para juzgar en asunto de tanta trascendencia. Júzguesele á Rosas con toda imparcialidad por tribunal competente, y nosotros seremos los primeros que le sentenciaremos, si es culpable, en Dios y en nuestra conciencia.

La Batería de montaña carlista se dividió en dos mitades: una, mandada por su Comandante y el Teniente Llorens, operó en la izquierda; la otra, mandada por Iza y Ortigosa, en la derecha, colocando el obús de á 12 liso delante de la iglesia de Villamayor y el cañón rayado á la izquierda en unos sembrados. A esta última se agregaron en la acción del día 7 el Comandante general Bériz y el Teniente coronel Brea. La primera sección tomó posiciones en Barbarin y Luquin.

Como el proyecto del general Moriones fué el envolver ambas alas carlistas y apoderarse de Montejurra y Monjardín, centinelas elevados de Estella, conocida ya la resistencia de la izquierda carlista, hizo reforzar su columna derecha de ataque. Como su número era bastante más considerable que el de los Batallones contrarios, logró á las doce de la mañana correrse por una de las estribaciones de Montejurra y entrar en los pueblos de Luquin y Barbarin, mientras la segunda columna entraba sin obstáculo en Urbiola, por no haber fuerzas en él. Muchas y considerables bajas debió costarle al General republicano la posesión de estos pueblos (cuyos habitantes, dicho sea de paso, los habían abandonado poco antes), cuando en todo el resto del día no pudo adelantar ni uno más. Que la resistencia de los carlistas fué grande, lo prueban, primero, las bajas que sufrieron sus fuerzas, especialmente el 2.º de Navarra y la sección de Artillería; ésta retiraba sus piezas á brazo por un extremo del pueblo, cuando los enemigos entraban por el otro, no dándoles tiempo para cargar aquéllas en los mulos, hallándose por lo tanto muy expuestas á caer en poder de los republicanos, y tercero, por las seis horas consecutivas de fuego de fusil y de cañón, que no cesó hasta bien entrada la noche.

Dueño Moriones de los citados puntos y de Urbiola, la infantería carlista se retiró á una segunda estribación de Montejurra, donde se sostuvo hasta la noche, sin retroceder un solo paso, y en cuyas posiciones vivaqueó. Entonces hizo el general Moriones que adelantase á Urbiola la artillería montada, rompiendo un vivo fuego contra las posiciones de la derecha carlista, para preparar el ataque contra Villamayor. Estas posiciones fueron tenazmente defendidas por los Batallones de Durango, 5.º de Navarra, el riojano y la sección de montaña, en términos que el enemigo se vió obligado á retroceder dos veces sobre Urbiola. La noche puso término á la acción del 7; ambos ejércitos quedaron: los liberales, en las posiciones conquistadas (1); en Villamayor y Montejurra, la primera línea carlista, con los Generales Dorregaray, Ollo y Valde-Espina; la segunda, en Arqueta, con Velasco, y la Caballería en Ayegui, con Pérula, preparados todos al combate, que todo hacía presumir se libraría al día siguiente.

Así fué, en efecto. El día 8 amaneció lluvioso, y el

(1) Esto hizo decir á Moriones, en un telegrama que puso á su Gobierno: «Tomado Montejurra: domino á Estella.»

fuego se rompió por ambas partes antes de amanecer, repitiéndose el de cañón bastante vivo hacia Villamayor, desde donde fué contestado por la artillería carlista, concentrada en dicho punto desde el anoche del 7. Continuando la lluvia, y á causa, sin duda, de ella, el enemigo suspendió su fuego á las nueve de la mañana. Entre los heridos carlistas del segundo día se contó el Comandante Conde, del 1.º de Castilla, herido al parecer leve; pero que le ocasionó la muerte en Irache, dos meses después. El resto del día lo pasó cada cual en sus respectivas posiciones.

Al mediodía se despejó la atmósfera, y deseando Don Carlos visitar los puntos avanzados, contra el parecer de su Cuartel Real, marchó, sin embargo, acompañado de muy pequeño séquito, hacia Villamayor, con el fin de no llamar demasiado la atención del ejército liberal, cuyas masas cubrían Urbiola y sus alrededores, y que se hallaba á poco más de un kilómetro. Las baterías enemigas habían permanecido calladas hasta las doce; pero apercibidas, sin duda, de la visita regia, rompieron otra vez el fuego con granada y *shrapnells*, reventando una de ellas á los pies del caballo de Don Carlos. Logrado el objeto de éste, regresó al cabo de un rato á Arqueta, trayendo en la mano el culote de dicha granada. Al apercibir al Brigadier de artillería Bériz, se dirigió á él y le dijo jovialmente:

—He aquí un regalo que me hacen tus queridos compañeros del otro lado (1).

Aludía tal vez Don Carlos á la conversación habida entre él y los Oficiales de Artillería, á su presentación en el Real de Vergara, á principios de Septiembre.

Pasóse el resto del día sin otra novedad; pero á la

(1) El día 15 de septiembre se presentaron á Don Carlos en Vergara, el coronel Bériz y los oficiales de Artillería Reyero, Brea, García Gutiérrez y Dorda. El recibimiento fué tan digno de aquella augusta Persona como de los artilleros favorecidos. Sin embargo, lamentóse Don Carlos de que muchos jefes y oficiales del Cuerpo habían conferenciado con él ó sus allegados, indicándoles que primero irían á ponerse á sus órdenes que servir al Gobierno federal de España, y á pesar de esto había visto recientemente que el disuelto Cuerpo había aceptado ó pensaba aceptar la invitación de reorganización hecha por Castelar. No sólo trataron los referidos oficiales de disculpar á algunos de sus antiguos amigos y compañeros, haciendo presente á Don Carlos la situación precaria ó particular de aquéllos, sino que le suplicaron fuesen llamados á su lado, el día que como Rey llegase á Madrid, si Dios lo permitía. Don Carlos oyó atentamente sus palabras, y les contestó con estas ó parecidas frases: «Pláceme mucho ver en vosotros esa generosidad y compañerismo; si quiere Dios que ganemos y llegue yo á ser un día Rey de España, vosotros habréis contribuído á ello con vuestra ciencia y vuestro valor; pero yo no podré permitir sigáis en vuestros antiguos puestos de la Escala, como solicitáis. Si yo venzo, se hará lo *que quiera Dios*.» Desde entonces no olvidó Don Carlos la prueba de amistad dada en aquella ocasión por los oficiales de artillería carlistas á los artilleros liberales, y á esta conversación aludiría sin duda Don Carlos, cuando en Montejurra enseñaba á los primeros el culote de una de las granadas disparadas por los segundos.

media noche del día 8 llegó á noticia de los Generales carlistas Dorregaray y Valdespina, que habían pernocado en Villamayor, que se sentía en Urbiola y demás pueblos ocupados por el ejército del general Moriones un ruido extraño. Enviados exploradores y confidentes, se averiguó de una manera positiva que el enemigo abandonó Urbiola, Luquin y Barbarin á las dos de la madrugada, sin tocar cornetas y en el mayor silencio; que marchaban en retirada hacia Los Arcos, tratando de ganar acaso el desfiladero de Cogullo antes de rayar el día. Avisado oportunamente D. Joaquín Elfo, ordenó desde luego Dorregaray á los Batallones más avanzados (que lo eran el 1.º de Castilla y el 2.º de Navarra) y algunas compañías vizcaínas se preparasen y saliesen inmediatamente para cortar el paso á la columna. Ordenó también al ala izquierda carlista que adelantase por su parte. Pero como quiera que los republicanos habían ya franqueado ó estaban próximos á ganar las alturas de Cogullo, por el sigilo con que habían emprendido su marcha, resultó que únicamente los dos Batallones mencionados, con Valdespina y Dorregaray, y la caballería de Pérula, tuvieron tiempo de hostilizar la marcha de aquéllos.

Dicho sea en honor de la verdad, la retirada del ejército republicano fué muy ordenada y por escalones, haciendo un fuego vivo y muy sostenido de fusilería y cañón. Se veían las líneas de fuego ir poco á poco ganando terreno á retaguardia, hacer alto la artillería, disparar unos cuantos cañonazos, cesar el fuego y repetirse la misma operación táctica con singular serenidad, protegidos en la carretera por su numerosa caballería, como en un ejercicio. Verdad es también que el ejército carlista no estaba en condiciones de perseguirlo de cerca y activamente por la clase de terreno en que se operaba, y sobre todo por lo distantes que se encontraban las fuerzas unas de otras.

Díjose que la causa de la retirada del ejército de Moriones fué la falta de raciones. Esto no es creíble, pues las dos horas que mediaban entre Urbiola y Los Arcos pudieron recorrerse fácilmente por su caballería, cuyos caballos pudieron también haberse convertido en acémilas, dado caso que no hubiera habido otro medio más rápido de locomoción. Esto no es de pensar en un país como Navarra donde abundan los recursos de esta especie, existiendo numerosos carros y animales de carga. Partimos del supuesto de haber salido de Los Arcos y Logroño sin racionar el ejército republicano, lo cual es muy aventurado de suponer, disponiendo de fondos, de Administración militar y otros recursos; esto tampoco hubiera argüido mucho en elogio de su General en jefe, que en muchas ocasiones tenía dadas pruebas de su previsión, tanto como de su osadía y de su conocimiento exacto del país navarro, que era el suyo propio.

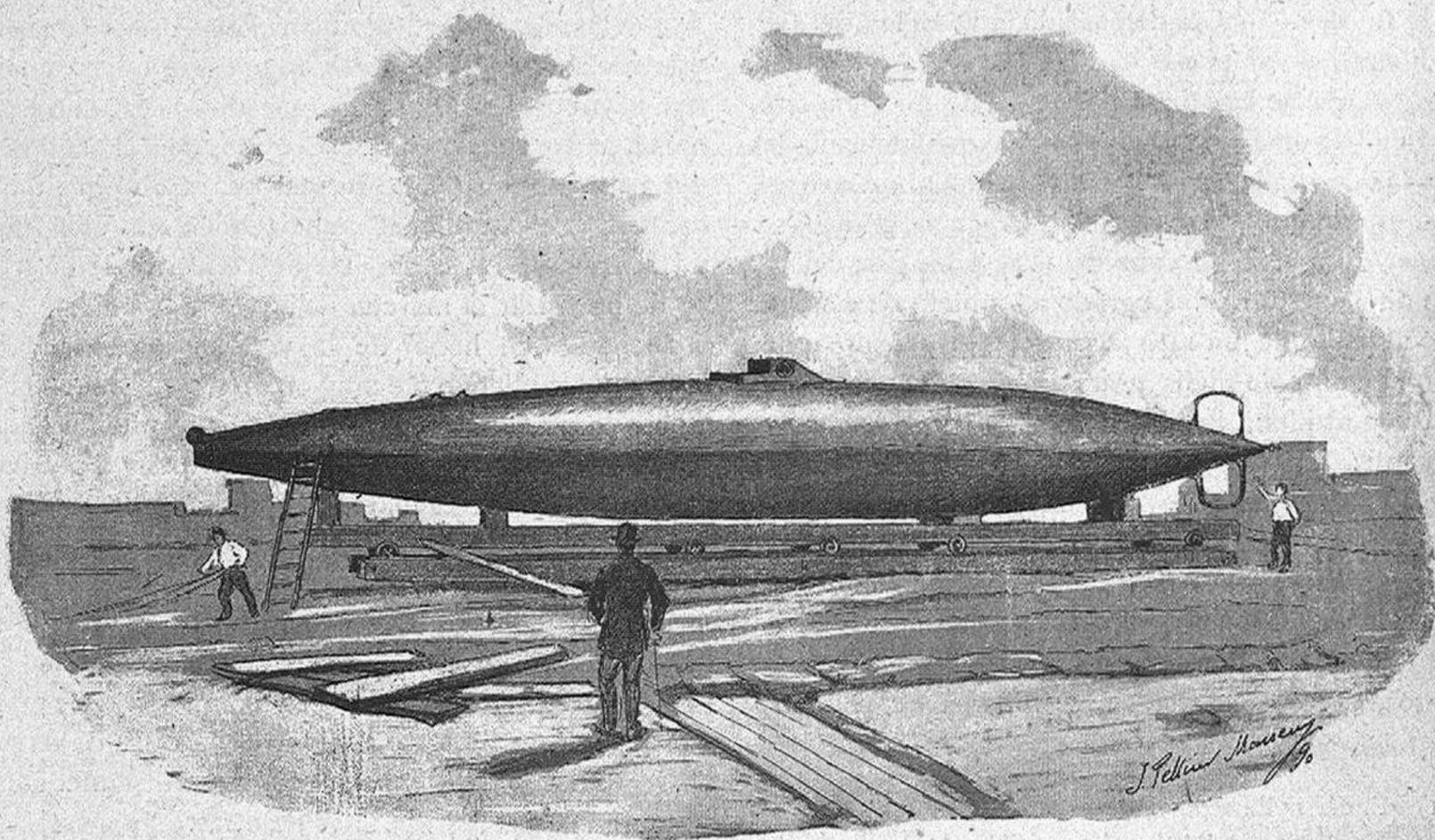
Sean cuales fueren las verdaderas causas de la retirada de Moriones, el ejército carlista ganó en fuerza moral lo que el enemigo había perdido; el cual pudo convencerse con dolor, por sí mismo y prescindiendo de las alharacas de periódicos y gentes de café, que ya no eran partidas sueltas y muchedumbres sin armas,

como en Oroquieta, las que en adelante tenía que combatir el General republicano (1).

Las bajas de los carlistas ascendieron á 300; las de los liberales ascenderían al doble, atendido á que el primer día de la acción tuvo su infantería que tomar á la bayoneta tres pueblos colocados sobre alturas considerables, expuesta al cercano y certero fuego de sus enemigos.

No dejaremos, antes de concluir, de referir un incidente que pudo tener graves consecuencias para unos y otros adversarios, si hubiera llegado á realizarse. Sabedor el Coronel Rada del casi total abandono en que había dejado su línea el enemigo, con el afán de concentrar el mayor número de combatientes para la ac-

ción, propuso dar un golpe sobre Tafalla, de donde era natural, conociendo á palmos sus avenidas. Para el objeto contaba con su aguerrido batallón, con el 1.º de Navarra como reserva y las cuatro piezas de montaña, previo acuerdo con los Jefes de estos Cuerpos Rodríguez y Brea; hizo presente al General Ollo su proyecto, al cual dió su asentimiento, añadiéndole que él y el resto de la división navarra apoyaría la operación; pero que ésto debía hacerse antes de que los liberales pudieran apercibirse y acudiesen al socorro de Tafalla. Dijosele el proyecto al General Elío, el que, celebrando una conferencia con Don Carlos, no tuvo por conveniente acceder á lo propuesto por el audaz guerrillero. Calcúlese, pues, el efecto moral y material



El submarino en seco.

que en el ejército contrario hubiera producido la ocupación de Tafalla, cortándosele su línea de operaciones y dejando sin defensa sus puestos avanzados de Lerín y Larraga. El éxito no hubiera sido muy difícil de conseguir, á nuestro entender, sabiéndose por confidencias seguras de aquellos días que apenas quedaron dos compañías guarneciendo aquella plaza, mientras duraran las operaciones del General Moriones sobre Logroño, Los Arcos y Montejurra.

Tanto el primer día de acción, como los siguientes, se vió atravesar nuestras líneas, para socorrer y cuidar á los heridos sobre el campo de batalla, á M. Bourgade y al médico de Artillería Marín, agregado al hospital de Irache, los cuales á caballo, y provisto el segundo de una mochila de socorro á la espalda, atendían á los heridos con notable caridad, valor é inteligencia.

(1) «Los carlistas acababan de arrollar á nuestras tropas en las alturas de Montejurra.» (Palabras de un escritor liberal.)

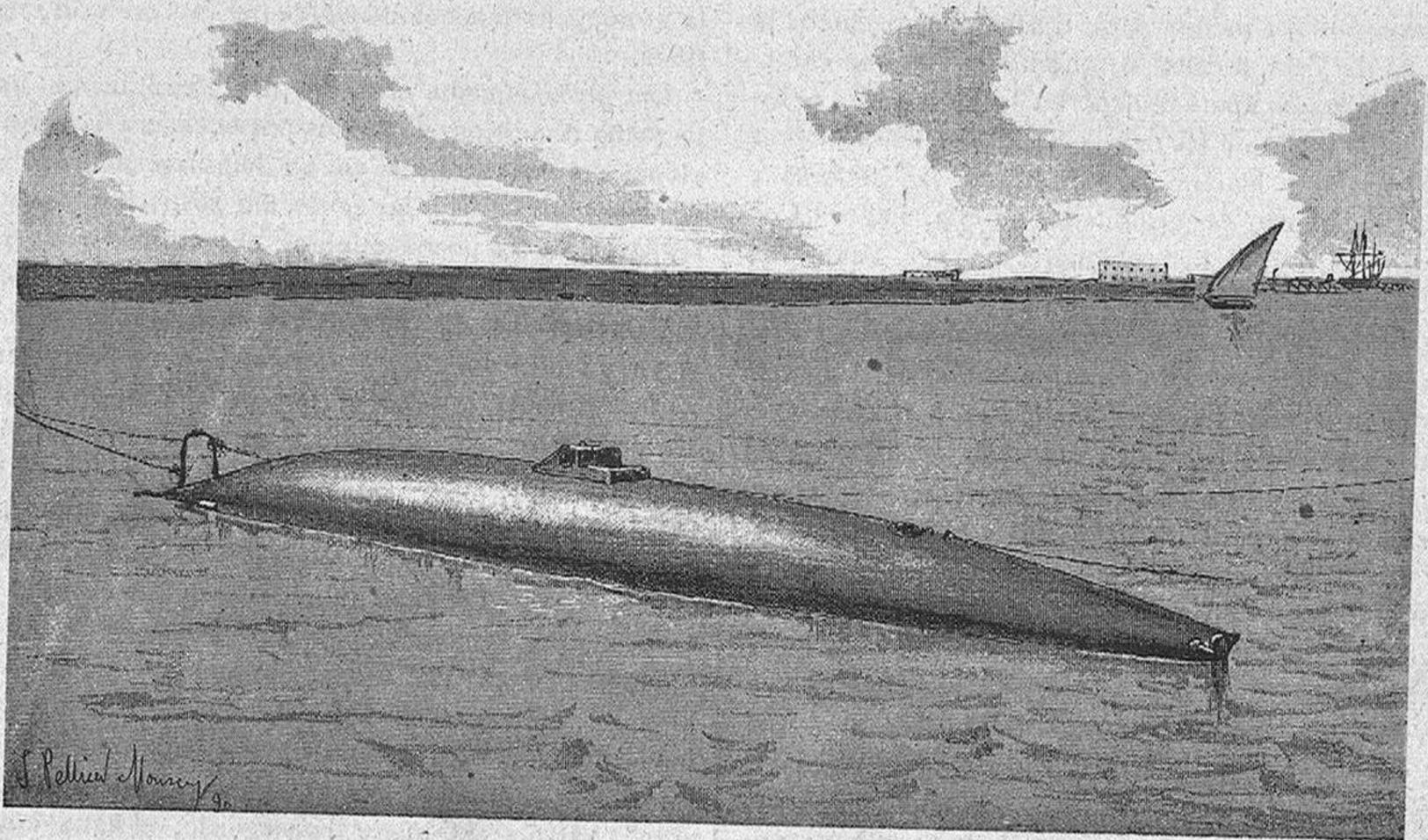
Al entrar el día 9 en Urbiola con su Estado Mayor el General carlista Dorregaray, se encontraron con un Ayudante médico, dos practicantes y siete soldados de Sanidad. A los seis días fueron puestos en libertad, alojándoseles mientras tanto en Irache, obsequiados por la señora Viuda de Calderón y M. Bourgade. Antes de despedir al médico Abela (que así se llamaba el Ayudante), le dió este último mil reales, á nombre de «La Caridad», para los heridos liberales de Logroño. En cambio, al ser acompañado él y sus sanitarios hasta cerca de Tafalla por los voluntarios carlistas del 2.º Batallón de Navarra, fueron despedidos al avistar el pueblo, por decir aquéllos no podían responder de sus vidas. Consignamos el hecho y nada más.

Antes de terminar este capítulo, diremos aun dos palabras sobre el estado de la artillería hasta fin del año, pues que al tratar de la acción de Velavieta y sitio de Portugaleta hablaremos del servicio particular del Cuerpo en las secciones y en las fábricas.

En los días de la acción de Montejurra presentóse á la Junta de Navarra un Maestro mayor de la fundición de Trubia, retirado, que residía en las Amezcuas, de donde era natural, diciendoh abía forjado un cañón liso de hierro, que dedicaba al Rey y á su Provincia. Hizose venir el cañón á Estella; fundiéronse balas de su calibre, que era próximamente de siete y medio centímetros; se le adaptó una de las cureñas de á ocho cogidas al enemigo, y por último se probó por los Oficiales de Artillería existentes en Estella, en los alrededores del convento-hospital de Irache. Las pruebas no correspondieron á lo que del cañón se esperaba; pues si bien los proyectiles alcanzaron cerca de 4.000 metros, su precisión era nula, por estar mal calculado y centrado.

Sin embargo, dióse orden para que se agregase á la Batería de Navarra, teniendo ésta desde entonces una pieza más. Cuando llegaron las de acero Whitvort para montaña, fué relegado á uno de los fuertes de Estella.

El día 20 de Noviembre tuvo que marchar á Francia para restablecer su salud, quebrantada por demás en América, el Brigadier carlista Bériz, llegando al día siguiente á Estella el Coronel Maestre, encargándose en el acto de la Comandancia general, como jefe más antiguo del Cuerpo (1). También este señor traía planos, apuntes y memorias (como lo había hecho su antecesor García Gutiérrez) de Londres, para servir una Batería de seis cañones, á cargar por la culata, sistema Vavasseur, cuyo cierre era muy semejante al



El submarino á flote.

del Krupp. Como se creía inminente su arribo, nombróse para organizarla á D. Antonio Brea, que había mandado en el ejército liberal una batería de este último sistema, el cual escribió un ejercicio para el manejo de los Vavasseur por los voluntarios, y gestionó con el General carlista Ollo se le entregase gente, ganado y monturas, pues los atalajes habían de llegar con las piezas. No vaciló D. Nicolás Ollo en facilitar á Brea cuanto éste le pidiera, quedando la base formada en Estella, con este jefe, el Capitán D. Luis Ibarra, los alumnos Llorens y Barradas y el Alférez Pérez, Sargento segundo que había sido del cuarto Regimiento montado. La Batería Vavasseur no llegó tan pronto como se esperaba, haciéndolo en el primer desembarque de cañones, que se verificó casi al año de esta fecha. Mientras tanto, Brea fué agregado al Estado Mayor de Ollo, para seguir las operaciones en la División de Navarra.

Tanto la Batería Whitvort de montaña como la

montada Vavasseur, compradas en Inglaterra, fueron intervenidas por el Embajador de España en Londres. El cómo y el por qué de esta circunstancia no se supo entonces sino de una manera confusa é incompleta, ni de qué medios se valió el Gobierno liberal para im-

(1) El teniente coronel D. Elicio Bériz se había encargado de la Comandancia general de Artillería, por ser él jefe más antiguo del Cuerpo, según la Ordenanza del mismo. A la vuelta de la comisión de Londres del de igual graduación don Juan María Maestre, se dudó sobre la antigüedad de ambos; porque si bien este último le llevaba algunos puestos de ventaja al primero cuando la revolución del 68, desde que se retiró perdió el derecho de antigüedad, quedando más moderno, también por las leyes orgánicas del Cuerpo. El jefe de Estado Mayor general, D. Joaquín Elío resolvió el problema en enero de 1874, dando á Maestre el mando superior de la Artillería, y á Bériz el mando de una brigada de vanguardia en Somorrostro, cuyos destinos aceptaron ambos por deber y por conveniencia.

pedir su envío á los carlistas. La opinión pública, sin embargo, acusó entre otros al General Cabrera, que llamándose todavía carlista, se hallaba enterado al pormenor de todos cuantos pasos daba el partido para la adquisición en Londres de armas, proyectiles y cañones. También se acusó á un inglés que, defraudado en sus esperanzas de lucro por una Junta de artilleros (entre los que se encontraban Maestre, Vélez, Brea y Reyero), le habían desechado unos cohetes (1) que presentó, y que dieron mal resultado en las pruebas, á más de ser excesivamente caros. Sea de esto lo que quiera, los cañones no llegaron y hubo que adquirirlos de nuevo.

En el mes de Noviembre, la Junta Real de Navarra comisionó al Comandante Lecea para que viese y estudiase el mejor medio para trasladar á Bacaicoa la fábrica de Vera, á causa de que no había sino caminos de herradura para transportar los proyectiles construídos al teatro de las operaciones. Trasládose Lecea á Bacaicoa, y hallándose estudiando las mejoras y obras que habían de introducirse en ella, llegó el Coronel Maestre para inspeccionarla á su vez. Tanto este señor como el modesto é inteligente Comandante del Cuerpo D. Jacobo León convinieron en la marcha futura del establecimiento, á lo que había de dedicarse en definitiva y en todos los extremos necesarios. Con harta sentimiento de ellos no pudo establecerse en Bacaicoa la fundición de proyectiles, por ser irremplazables muchas de las máquinas y efectos de Vera, por lo cual regresó Lecea á este punto, donde al poco tiempo llegó el Comandante de Artillería D. Luis de Pagés, para encargarse de la dirección en jefe. León quedó desde entonces instalado en Bacaicoa.

Visitó también Maestre esta fábrica, la de Azpeitia, y terminada su ilustrada revista, pasó á Vizcaya á conocer la de Arteaga, allanando dificultades y contribuyendo más que otro alguno al desarrollo progresivo é inesperado que llegó á adquirir el Cuerpo de Artillería en cuantas dependencias estaban á su cargo.

ANTONIO BREA.

LOS HÉROES DEL MAR

ENTRE los infinitos episodios, desconocidos unos, casi ignorados los demás, á que han dado lugar las experiencias del torpedero eléctrico submarino inventado por el Sr. Peral, hay uno de ellos digno de completa revelación, siquiera para que puedan apreciar los que le desconocen el temple de alma de aquellos once hombres que en su cónica armadura encierra el maravilloso buque.

Verificábanse el día 7 del mes de junio las pruebas de inmersión: el comandante del submarino tenía instrucciones precisas de la Comisión técnica para sumergirse y reaparecer diferentes veces y á cortos intervalos, debiendo terminar la experiencia con una última inmersión que habría de durar exactamente sesenta

minutos, y con la ineludible circunstancia de volver á flotar, transcurrido aquel tiempo, perfectamente al oeste del mundo, que era el rumbo que se le había señalado.

Peral, agobiado por la fiebre que le producía una penosa dolencia, haciéndose superior á sus sufrimientos físicos, no había querido diferir una prueba destinada á demostrar de una manera categórica las condiciones marineras del submarino y aguardaba impaciente el instante de realizar el último punto de las experiencias señaladas para aquel memorable día; los demás tripulantes del torpedero eléctrico confundían sus deseos con los de su jefe, y en el *Colón* y en los demás buques encargados de convoyarle se esperaba con ansiedad no exenta de inquietud el momento de la prolongada inmersión exigida por la Comisión científica.

Era próximamente el medio día. Peral dispuso una pequeña inmersión, y cuantos presenciaban las evoluciones del submarino le vieron hundirse majestuosamente en el seno de las aguas, sin sospechar, cuando reapareció á los pocos minutos, el terrible drama que acababa de desarrollarse dentro del maravilloso barco.

En el instante de desaparecer en el mar la base de la torre óptica del torpedero, la válvula de ventilación mal atornillada cedió á la presión del agua, y ésta, abriéndola de golpe, penetró á torrentes en el interior del buque, inundando á Peral primero, invadiendo las cajas de los acumuladores después y desequilibrando por último al barco en términos que empezó á descender á impulso del peso inopinado que constituía la masa líquida ya considerable en aquellos momentos.

No se oyó una exclamación; ninguno de los hombres del submarino se movió de su puesto ni dejó de hacer funcionar los aparatos que á cada uno de ellos les estaban confiados; Peral, impávido, procuraba cerrar la válvula sin lograr conseguirlo; el agua continuaba penetrando por ella, y el submarino seguía descendiendo lentamente hacia el fondo del océano.

—¿Qué sucede?—preguntó uno de los oficiales sin abandonar su puesto.

—Nada—contestó Peral—que nos vamos á pique, porque no logro cerrar bien esta válvula; pero estoy haciendo funcionar el aparato de profundidades y me parece que responde.

Siguiéronse á estas palabras quince ó veinte segundos, en que sólo Dios sabe los pensamientos que acudirían á la imaginación de aquellos once héroes, que en actitud serena y sin la más mínima conmoción aparente, aguardaban la muerte cumpliendo hasta el último instante su deber. Un minuto más, y la catástrofe hubiera sido inevitable.

Por fortuna para ellos y para la patria, el submarino, impulsado por los poderosos resortes eléctricos de su aparato de profundidades, obra que por sí sola inmortalizará á Peral, reapareció sobre las olas, permitiendo que el comandante del torpedero repitiera con mayor eficacia que momentos antes «¡pica!» para que sus marineros vaciasen con la bomba el agua de que estaba casi inundado el buque.

(1) Cada cohete costaba seis duros.

Un cuarto de hora después Peral, cubierto con un capote del *Colón*, agitado su débil cuerpo por el fuego de la fiebre y por el intenso frío de sus mojadas ropas, daba cuenta de lo acaecido al capitán general Sr. Montojo y á la Comisión técnica, quienes trataron en vano de persuadir al ilustre marino para que diese aquel día por terminada la prueba.

Peral se negó resueltamente á aplazarla, lográndose de él únicamente la oferta de consultar á sus compañeros por si éstos consideraban imposible la continuación de las experiencias.

De regreso al submarino, reunió Peral á sus oficiales y les manifestó lo propuesto por la Junta y lo contestado por él; no se hizo por nadie la más leve observación; al contrario, todos pidieron enérgicamente á su comandante que se consumase la prueba.

Pero había para realizarla una inmensa dificultad.

Completamente mojado el aparato de profundidades, se habían puesto en práctica todos los medios posibles en aquellos momentos para secarlo, sin que se lograra por completo, y cada vez que se le hacía funcionar desarrollaba humo como manifestación de lo peligroso que sería obligarle á funcionar en aquellas condiciones verdaderamente anómalas.

Pero ya lo había dicho Peral y lo habían acordado los demás tripulantes del submarino: era preciso realizar la prueba, cualesquiera que fuesen las consecuencias de aquella enorme temeridad; para todos ellos la experiencia señalada significaba el honor, el triunfo de sus convicciones, el término de inmensas amarguras é incalculables penalidades: la muerte era sacrificio insignificante comparado con aquellos nobilísimos ideales.

«¡Abajo!» dijo Peral con acento breve é imperativo; cerróse la porta, funcionó humeante todavía el aparato de profundidades; desapareció bajo las aguas el submarino, y reapareció sesenta minutos después á cinco millas del *Colón*, cuyo botolón de proa, marcando en el espacio la línea imaginaria con que la brújula señala el Oeste verdadero, parecía cubrir sin la más mínima desviación la popa del maravilloso barco.

Allí, en aquel punto marcado en el horizonte, sobre la plataforma de la torre óptica, estaban los héroes del torpedero, agrupados alrededor de su esclarecido jefe y cobijados bajo los anchos pliegues de la bandera española.

Al tercer día de verificado el simulacro de combate con que parecían terminadas las pruebas del submarino, Peral, como comandante del barco y en cumplimiento de un deber reglamentario, elevó oficio al capitán general del departamento proponiendo á los oficiales del submarino para la cruz laureada de San Fernando de segunda clase, y para la correspondiente á sus respectivas categorías á los cinco subalternos que en calidad de voluntarios vienen compartiendo las penalidades y las glorias de los primeros.

Después del relato que acabamos de hacer, nos atrevemos á preguntar:

¿Habrá alguien que no crea bien ganada por los tri-

pulantes del submarino la cruz laureada de San Fernando?

JULIO DE VARGAS.

LA FE DE ESPAÑA

A PERAL.

SONETO

Si el genio de Colón un mundo viera
Que no lograron ver las ciencias solas,
Su fe gigante en tierras españolas
Cautivó al astro rey de la ancha esfera.

La fe de Elcano, por la vez primera,
Supo domar las no surcadas olas,
Y el pendón de la Cruz, que hoy fiel tremolas,
Con su buque abarcó la tierra entera.

«¡Nada á la fe se encuentra que resista!»
Te gritaban las glorias seculares,
Que nunca has separado de tu vista;

«¡España halló su fuerza en sus altares!»
«¡A Dios tan sólo debes tu conquista!»
«¡Lleva la Cruz al fondo de los mares!»

JOSÉ S. DE URBINA.

CAMPAÑA DE BULGARIA

TOMA DE NICÓPOLIS

DESPUÉS de haber presenciado el paso del Danubio por las tropas rusas, primero en Braila y más tarde en Zimnitza, frente á Sistova, el Sr. Duque de Madrid estaba ansioso de seguir las operaciones de cerca, por lo cual pidió autorización á S. M. el Emperador de Rusia, que se la concedió, para incorporarse al 9.º cuerpo de ejército, que á marchas forzadas avanzaba sobre la ciudadela de Nicópolis.

Mandaba el 9.º cuerpo el general Krudener, y sus fuerzas se componían de tres divisiones: dos de infantería y una de caballería; ítem más, dos brigadas de artillería.

A ocho kilómetros de Nicópolis habíase construído una línea de *blokhaus*, que era imposible flanquear, por lo cual el general Krudener dispuso sus fuerzas en dos columnas, una bajo sus órdenes directas y otra al mando del general Schilder-Schuldner, dando órdenes á las baterías rumanas de Turnu-Magurelo de concentrar todos sus fuegos sobre la ciudadela y ciudad de Nicópolis, con el fin de distraer de la línea de defensa el mayor número de fuerzas posible.

Al amanecer rompióse el fuego de artillería sobre toda la línea, hasta las dos de la tarde, en que se inició el movimiento de avance por los dos extremos de derecha é izquierda. Por dos veces fueron rechazadas las fuerzas rusas, hasta que á las seis de la tarde, las fuerzas de ataque fueron reforzadas con algunas distraídas del centro, consiguiendo en un supremo esfuerzo apoderarse de los *blokhaus* de la extrema izquierda, que dominaban en parte el resto de la línea.

Al amanecer del día siguiente reanudóse el combate, consiguiendo dominar toda la línea á las diez de la mañana, y continuando la marcha hasta los mismos muros de la ciudad, que fué abandonada por las fuerzas turcas, encerrándose todas en la ciudadela, en la cual sufrían numerosas bajas á causa del fuego mortífero que sobre ella dirigían las baterías rumanas.

Con una actividad incomprensible, durante la noche el general Krudener estableció una formidable batería, muy cercana á la ciudadela, que al apuntar el día rompió el fuego contra uno de los bastiones, algo deteriorado por los fuegos de Turnu-Magurelo, proponiéndose asaltar la plaza á la primera ocasión, cuando poco antes de las tres de la tarde dos regimientos de *nizams* (tropas regulares turcas) intentan salir de la plaza para impedir algunos trabajos de aproche, siendo sorprendidos por los rusos, que se apoderan de la puerta, consiguiendo la rendición á las cinco de la tarde.

Los prisioneros ascendieron á 7.000, al mando de Hassan-Pachá; seis banderas, 113 cañones y cantidad de fusiles y municiones.

Las tropas rusas hicieron prodigios de valor.

Las pérdidas del 9.º cuerpo fueron de un oficial superior, dos subalternos y 273 soldados muertos, y dos oficiales superiores, 18 subalternos y 901 soldados heridos; un general y cuatro oficiales superiores contusos, con 84 soldados desaparecidos. Estas pérdidas se refieren tan sólo al 14 de julio, día de la toma de Nicopolis.

El Sr. Duque de Madrid puede decirse que apenas desmontó de su caballo durante cuatro días, siguiendo constantemente en sus movimientos al general Krudener.

EL MARQUÉS DE TAMARIT.

PÁGINAS DE UN CARLISTA

POR F. SAGREDO Y ESCOLANO

(Continuación.)

B IEN dijo el ordinario: la mejor hora era el amanecer. Encontré unas cuarenta personas y número considerable de caballeras cargadas, carboneros y trajineros que esperaban también el alba para salir; por fin rechinaron las enormes hojas, y todos desfilaron sin inconveniente. Cruzados los peligrosos umbrales, desapareció como por ensalmo cierto recelillo que aun conservaba; los arrieros de *Peleas* me pusieron en camino del primer pueblo escrito en mi itinerario, mirando indiferente la tortuosa é interminable carretera que concluía por perderse entre los montes y debía dirigirme á mi destino. Había dormido poco: convenía alejarse de la muralla antes que con la claridad me descubriesen los centinelas, y mi sueño había sido el de las liebres; pero acostumbrado desde la niñez á paseos largos, mis humos de andarín me decidieron á correr las once leguas de un tirón, puesto que llevaba

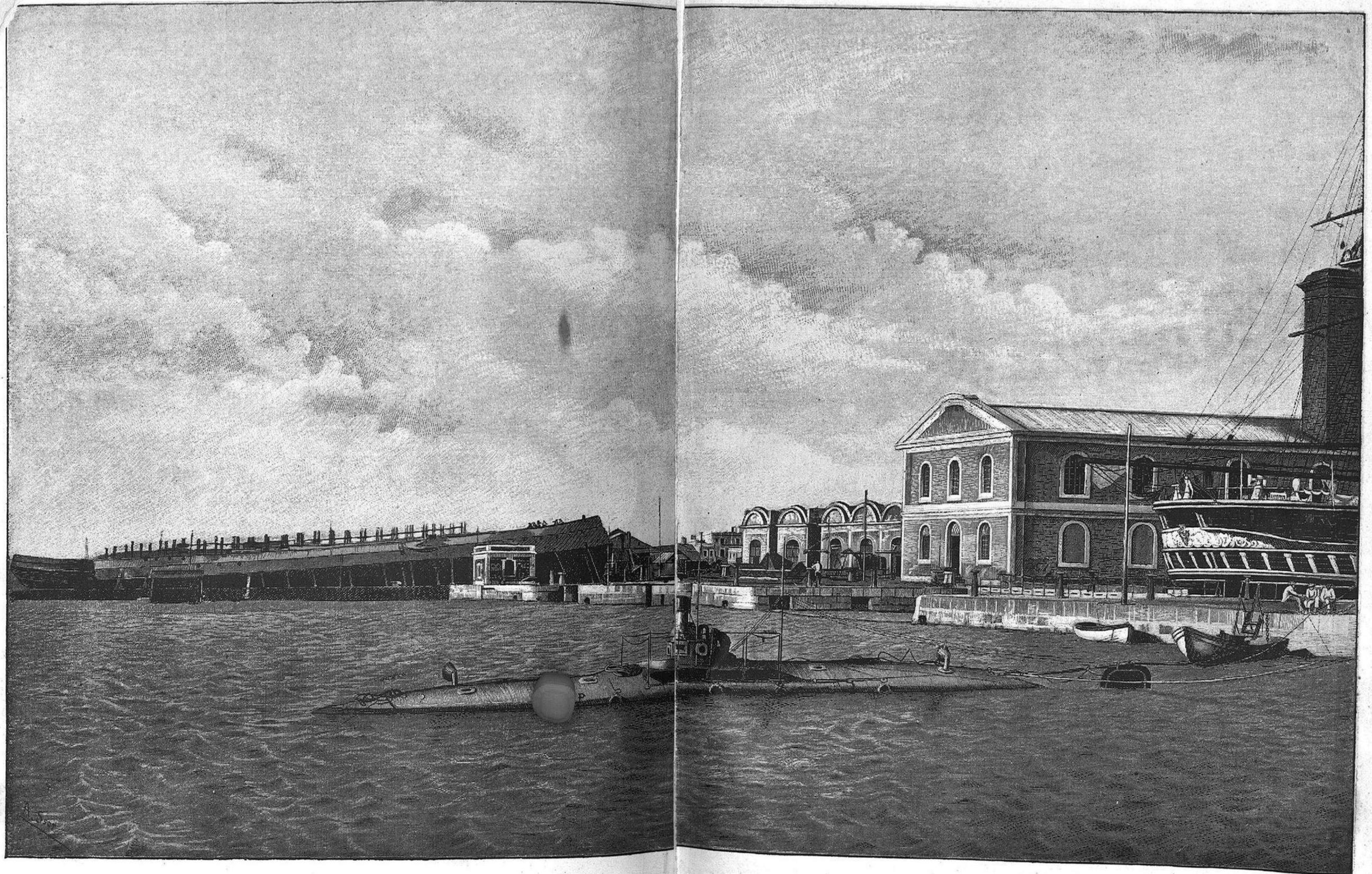
provisiones para un día completo y podía descansar luego en la frontera cuanto quisiese. ¡Qué de subidas



y bajadas!—Tan desigual fué presentándose el terreno, que hasta las cinco de la tarde no logré llegar el Duero. Contemplaba extasiado el hermoso raudal de sus aguas, la frescura de los árboles, la belleza de la campiña y la abundancia y fertilidad que por todas partes revelaba el territorio. Me pareció distinguir que en la orilla opuesta un hombre montado en una burra me hacía señas. Conoció que no le entendía, y la cosa debía ser grave, puesto que sin apearse cruzó por el vado y vino á buscarme. Era el molinero de la aceña inmediata, y me significaba que no me fiara; el río ciertamente traía mucha fuerza. ¡Ya se ve! Si las desgracias venían siempre á recaer sobre él, no tenía nada de particular su interés, ni que hiciera por librarse de responsabilidad. Todos los ahogados que bajaban arrebatados por la corriente, fueran de donde fueran, resultaban luego encerrados en las ruedas de su molino, y continuamente le molestaba con visitas y declaraciones la justicia. Mis frases de sentimiento le conmovieron. «¡Qué empeño tienes en pasar! ¡Vaya! Ya que demuestras tantos bríos, te ayudaré, aunque llegues como Dios quiera, pues la burra no puede con dos encima. Quítate los zapatos—añadió;—agárrate sin miedo al rabo, porque el peligro para ti está en el centro del río; por tu corta estatura perderás pie un momento, pero yo te sacaré fuera con tal que no sueltes. ¡Animo, muchacho! ¡Serenidad y puños, que te va la vida en ello!» Me lancé como César al Rubicón, atravesando felizmente y mojándome hasta la coronilla. La circunstancia de conservar el calzado seco, me dió alientos para llegar al pueblo: distaba media legua corta; pero en mi vida hice cosa que más trabajo me costase. La misma ropa se me enredaba, me impedía los movimientos y apenas podía caminar. Pedí permiso para secarme en la primer casa que encontré, y á juzgar por el agrado y por el haz de chaparros que arrojaron al hogar, ó les di lástima, ó debían estar acostumbrados á tales lances, que por mi parte recompensé con una buena gratificación.

Templado y enjuto, parecía que me habían puesto alas en los pies; continué un camino que la oscuridad iba haciendo por instantes más dificultoso, y solamente

COMISSÃO DE HISTÓRIA E CULTURA

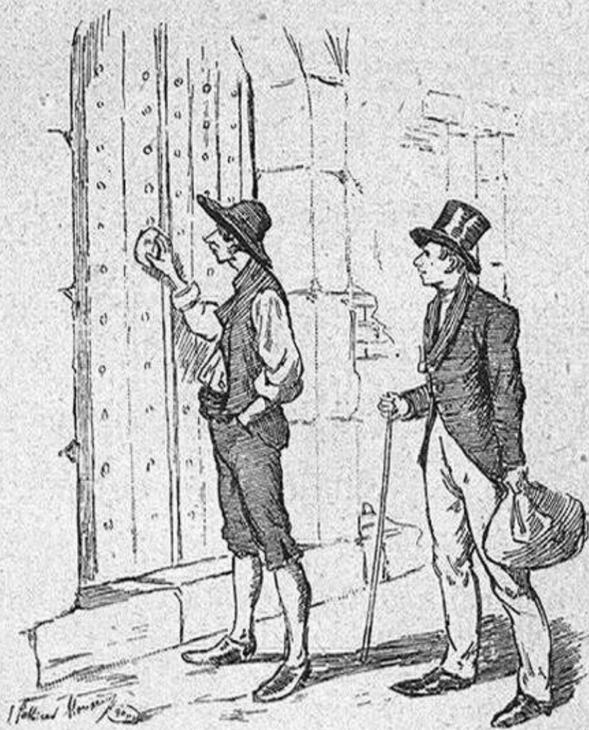


CADIZ.—EL SUBMARINO «PERAL» EN EL ARSENAL DE LA CARRACA.—DIBUJO DE A. ROSS BOSCH.

á fuerza de constancia entraba á las diez de la noche en *Fermoselle*, último pueblo de España.

Hacer la guerra aprovechando la vecindad de Portugal, habría dado resultados positivos, si no se tratase de un reino muy castigado por la *masonería*. Pero si la traición descompuso la mayor parte de los proyectos, influyó mucho la impericia de los directores, así como el poco tiempo que se sostuvieron los partidarios de D. Miguel, que también luchaban en el campo como los españoles. Principiaron las operaciones de los nuestros por transportar cuantas armas fué posible, depositándolas en pueblos determinados, y una vez que hubo bastantes, los jefes de batallón, con cierta suma destinada á cada cuerpo, se colocaron en la raya, dedicándose á ir instruyendo los mozos que paulatinamente les iban enviando. Aquel mismo *Fermoselle* que yo consideraba el fin de mis fatigas, constituía una de las entradas ó puntos de comunicación con nuestras fuerzas situadas en Portugal. Su posición estratégica facilitaba senderos tan ocultos, que aun los mismos portugueses se admiraban de que los españoles aparecieran entre ellos como llovidos, y que las partidas crecieran y se aumentasen á pesar de las medidas que para evitarlo se adoptaron. Este sistema, acertado en apariencia, era militarmente hablando un desatino completo, á no contar con la impasibilidad del Gobierno portugués. No fué indiferente, y por lo tanto cortada y destruída la base de aquellas operaciones, que los poco peritos creían colocada en España, cuando realmente se apoyaba en Portugal; todo iba á desvanecerse por centésima vez, pues fueron varias las tentativas.

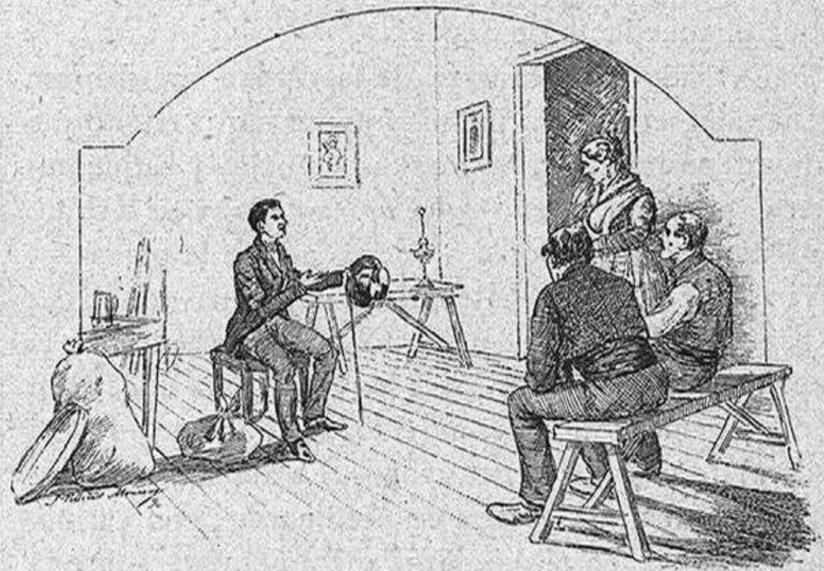
Ignoraba yo semejantes pormenores entonces, y lleno de ilusiones penetré por el lugarillo, que, rodeado de arboledas y en sitio tenebroso, dormía profundamente. Dudo que en los imperios de Morfeo predominase mayor silencio; ni aun los perros saltan á ladrarme, como sucedió en otros, porque los jefes carlistas habían tenido buen cuidado de no dejar uno con vida en los contornos. Llamé en la puerta que me pareció, asomándose á responderme un hombre á quien con mil per-



dones le pregunté por la persona que buscaba. Estaba en la cama, pero no se había dormido aún y me con-

testó sin aspereza, pretendiendo guiarme desde allí con grandísima confusión de izquierdas y derechas; le advertí que como forastero no conocía las calles, y que si hacía el favor de acompañarme pagaría el trabajo que le causase. La propina le decidió, y dando un salto por la ventana, me hizo atravesar casi todo el lugar, admirándome de verlo tan seguro *descalzo y en camisa* donde era forzoso ir con cuidado para no romperse las narices. «Llamaremos mucho—decía—porque tanto el marido como la mujer por los que usted pregunta son sordos como postes.»—En efecto, pilló un buen canto, y sin el menor miramiento, empezó á dar unos golpes furiosos, que con el silencio sepulcral retumbaban por aquellos valles como estrepitosos cañonazos. Cualquiera los hubiera creído salvos por mi feliz llegada; yo era pequeño de cuerpo, y el caso me parecía algo risible. A pesar del estrépito, no abrieron sino después de largo rato y de cerciorarse que eran personas conocidas, gracias á mi conductor.

Venía consentido á buena cena, buena cama, todo el día siguiente para reposar, costase lo que me costase, y consecuente con mi propósito despedí con dos pesetas al *encamisado cicerone*, quien sin perjuicio de hallarse *en piéras*, me hartó de cortesías y demostraciones de agradecimiento; pero yo, que le hubiera dado el doble por encontrar la casa, nunca dudé que las ganó. Me cogieron de la mano y me metieron á oscuras en lo interior, desde donde pude escuchar que cerraban el portón; no tardó en aparecer una vieja, que á la luz de su candil se entretuvo en dar vueltas á mi alrededor, examinándome como un objeto artístico y fijándose detenidamente en los pies, sin duda para



investigar si yo era un tuno ó en efecto traía larga caminata. Los misteriosos habitantes de aquel antro, ¿cómo describirlos? Figúrese cualquiera dos viejos secos que *habían conocido á Fernando el sexto*, y se obtendrá la idea más aproximada del par de momias con vida que encontré en *Fermoselle*. Ella, sin embargo, á pesar de los mechones blancos que salían por debajo del pañuelo, demostraba tener todavía la cabeza bastante despejada, y sus relucientes ojos negros brillaban como dos cuentas de rosario, allá desde el fondo de sus innumerables arrugas. Así que satisfizo la curiosidad, me guió hasta la cocina, en donde su marido, con otro hombre entrado en años, nos estaban

esperando. Me hicieron sentar, y dando de mano preámbulos y explicaciones, me dijo el menos viejo:

«Vendrá V. de Zamora y recomendado por el ordinario, como todos. Estos ancianos que V. ve son mis padres, y yo el mayor de sus hijos. Bueno será que nos entendamos, porque no quisiera que ningún contratiempo alterase su existencia, y ando en estos lfos más bien por ellos que por la causa del Rey; pues aunque soy de la misma opinión, es decir, carlista, no tengo ese fuego, ese entusiasmo que los mete con sus noventa años en semejantes cosas. El pueblo es chico, y mañana sabrá el alcalde y los vecinos que en la casa han entrado forasteros. Si hubiera V. llamado sin estrépito, aunque sordos, la puerta hubiera sido abierta también, que para eso estoy yo aquí; pero los zambombazos del bruto que ha venido con V., y su lengua, que no se estará quieta, son muy de temer. Probablemente pasará lo de siempre: que los regidores harán la vista gorda á lo que ellos llaman *sus chocheas*; mas la prudencia exige que no permanezca V. aquí. Lo siento mucho; cene V. tranquilo, eche V. su cigarro y en seguida iré yo mismo con V. hasta dejarle en Portugal.»

Con el cansancio que yo traía, aquella proposición me pareció una barbaridad. El anciano entretanto nos miraba con la fijeza propia de los sordos cuando quieren penetrar las conversaciones; viejo soldado de cien batallas, se interesaba por el recluta y sentía despedirlo de la casa; su mujer, con secas manos, mondaba patatas para mi cena y atizaba la lumbre. Amable y complaciente, mi inesperado mentor se revestía de cierto aire solemne al referirse á sus padres. Y tenía razón: eran tan añejos, que me hicieron el mismo efecto que el acueducto de Segovia.

Convencido por la fuerza de la verdad, me dispuse á cenar alegremente, principiando por partir el enorme pan que pusieron en la mesilla; concluí y saqué mi petaca, pero mi nuevo guía *no fumaba*, y se levantó impaciente, obligándome á que sacudiese la pereza.

Vi rechazados con patriótico enojo mis ademanes de pagar. Admirando su vigorosa longevidad, hice la despedida de los mudos, pues las voces para ellos eran inútiles, y me retiré conmovido ante la virtud (y la sordera) de pasadas generaciones. La abuela, mientras nos alumbraba, no cesaba de predicarme; con cariñosas palmaditas en el hombro, me amonestó sobre la devoción á la Virgen María, para que me sacase los miembros sanos de las balas y de los peligros, cediendo á la simpatía tradicional que hubo siempre en España entre los soldados y las viejas.

La noche lóbrega, la senda agreste, sembrada de matorrales y precipicios, camino de águilas conocido de pocos, me colocaban en graves apuros. ¡Qué de veces me salvó la vida aquel hombre! ¡Admirable agilidad la suya! Desesperé de seguirle. El cansancio, el fresquillo del monte, los vapores de la cena unidos á lo poco que dormí sobre la muralla, habían agotado mis fuerzas; la dichosa frontera nunca parecía, y me sublevé. Atravesado en una angostura, indiqué á mi conductor claramente que no pasaba de allí. «Yo quiero

dormir—exclamé en tono imperioso;—descansar á toda costa», y me arrojé por tierra. El, con ruegos y buenas palabras trataba de convencerme; pero como notase que me dormía durante sus peroraciones, la emprendía conmigo á bofetadas de modo que me despabilaba á mi pesar. «No, hijo, no, dormirse de ningún modo. Sé muy bien mi oficio de guía, y V. andará hasta que le ponga en salvo.»

Cayendo y levantando, luchando y.... andando, entramos al fin por terrenos de Portugal, y al decirlo volví á tenderme á la larga al pie de un robusto álamo. Compadecido y harto de aporrearne, tuvo aún la caridad de cogerme en brazos, atravesando conmigo los



límites para que durmiese fuera de España, y cuando me dejó en sitio seguro, no pude ya darle las gracias y se marchó sin molestarme más.

(Continuará.)

CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL
CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación.)

- 87.—Modelo de proyectil del cañón de montaña sistema Whitworth, calibre $4 \frac{1}{2}$ centímetros, á cargar por la boca.
- 88.—Modelo de proyectil del cañón sistema Wolh-witz (8 centímetros).
- 89.—Modelo de proyectil del cañón sistema Krupp (8 centímetros).
- 90.—Granada de mano, modelo usado por las tropas Reales en la campaña de 1873 á 1876, y muy particularmente en la acción de Mendizorrotz.
- 91.—Casco de granada lanzadas por los Turcos contra las tropas Rumanas en el paso del «Ada» y ataque de Grivitz: Se les ha puesto como recuerdo la inscripción siguiente: Kalasat-Widin.—Paso del «Ada» y Plewna, Ataque al gran reducto de Grivitz 6/18 Septiembre 1877.

- La lanzada en el paso del Ada, cayó en la batería en la cual se encontraba S... el R... Don Carlos VII, con el General Lupuá la otra á proximidad del Estado Mayor del General Cernat, con quien S... el R... Don Carlos VII se encontraba.
- 92.—Casco de granada sistema Chapinel lanzada por los turcos en la batalla de Plewna contra las tropas ruso-rumanas; á cuya acción asistió S... el R... D. Carlos VII; tiene puesta como recuerdo la siguiente inscripción: «Plewna 30 Agosto, 11 Septiembre, 1877.»
- 93.—Casco de granada lanzado por las baterías del ejército republicano al mando del General enemigo Santa Pau contra Dicastillo y punto donde se encontraba dirigiendo la batalla. S... el R... Don Carlos VII le ha puesto como recuerdo la inscripción: «Proyectil que pasó rozando el cuello de S... el R... Don Carlos VII, en Dicastillo, el día 25 de Agosto de 1873.»
- 94.—Casco de granada lanzada por las baterías del ejército republicano al mando del General enemigo Moriones en la batalla de Montejurra desde Urbieta á Villa Mayor el cual cayó al lado de S... el R... Don Carlos VII; tiene escrita como recuerdo esta inscripción: «Cigarrera puesta á los pies de Carlos VII en Montejurra por Moriones el día 8 de Noviembre de 1873.»
- 95.—Sello de campaña con las armas de España y Corona Real.
- 96.—Sello de ambulancias con una cruz y sobre ella un corazón, y alrededor la inscripción: «La Caridad, Asociación católica para socorro de heridos.»
- 97.—Sello de Secretaría de campaña.
- 98 y 99.—Sellos representando una flor de Lis cada uno.
- 100.—Sello de armas de España, con corona é inscripción: «Secretaría del Duque de Madrid.» «Sirvió para la organización de las Juntas carlistas en España antes de empezar la campaña de 1872.»
- 101.—Sello de campaña con las armas de España y Corona Real.
- 102.—Sello de campaña con armas de España, Corona Real, Toisón y la inscripción: «Carlos VII por la gracia de Dios, Rey de las Españas»; se sellaron con él los decretos dados por S. M.
- 103.—Silla de montar, compuesta de galápago, estribos, maletín de grupa, funda capotera y brida usada sobre el caballo *Nisko*, que montó S... el R... Don Carlos VII en la campaña de Bulgaria en 1877.

(Continuará.)

NOTA.—En el número anterior de EL ESTANDARTE REAL, se dijo ser Ermúa de la provincia de Guipúzcoa por la de Vizcaya.

NUESTROS GRABADOS

El submarino «Peral» en el arsenal de la Carraca.

(Gran lámina suelta á cuatro tintas.)

El Partido carlista siempre se ha distinguido por su entusiasmo ante las glorias genuinamente españolas, y creyendo, porque así nos lo dice nuestro corazón, que el invento de Isaac Peral ha de ser una de esas glorias que hacen variar el rumbo de la prosperidad de un Estado y que conquistan para éste una consideración ante las demás naciones civilizadas que jamás hubiera soñado marchando por el camino de la diplomacia, que

casi siempre viene á ser el de la ruina, hemos creído que honrábamos esta Revista, honrando el nombre del insigne Peral.

Peral nos ha mostrado su invento con la modestia y sencillez del sabio que no se preocupa tanto de la fe que sus compatriotas tengan en su máquina, cuanto de que ésta marche con toda la exactitud con que él la concibió y vió años antes entre sueños. Peral es una esperanza para su patria, y viene á ser una de esas glorias que sólo se ven de tarde en tarde y forman una hermosa página en la historia de la nación que tuvo la dicha de ser su madre.

Peral no es elocuente. Tiene hablar trabajoso cuando trata de cosas indiferentes; pero ¿quieren ustedes formar de él un buen orador? Le interrogan sobre cualquier punto de su invento, y le oirán hablar con una expresión y elocuencia pasmosas, detallando y haciendo comprender los más complicados organismos mecánicos.

Don Carlos, nuestro jefe, tiene fija su atención en él desde que empezó los trabajos, y guarda con entusiasmo un retrato de Peral que le regaló el conde de Casasola, para cuyo retrato ha mandado construir un artístico marco, cuya composición se debe al reputado Gasparini.

Aparece debajo de la figura del inventor la fecha de su triunfo, 7 de Junio de 1890, y alrededor, formándole corona, esculpidos los nombres de sus heroicos compañeros, «los hombres del *Peral*», D. Juan Luis Iribarren, D. Manuel Cubells, D. Pedro de Mercader y Zufia, D. José de Moya y Jiménez, D. Antonio García Gutiérrez, D. Evaristo Barlenda, D. José Luques, D. Manuel García Manchón, D. Joaquín López del Castillo y D. Antonio Romero Beardo.

Isaac Peral.

(Pág. 257.)

Este es el retrato del eximio inventor que ha tenido la dicha de ver coronada su obra. El 7 de Junio de 1890 será una fecha recordada con júbilo por todo español amante de las glorias patrias.

Nosotros creemos que será de la satisfacción de nuestros suscriptores el que forme parte de la galería de carlistas y demás españoles notables que vamos publicando. Peral tiene merecimientos de sobra para formar en ella.

Bandera del Batallón de Zuavos.

(Pág. 261.)

La bandera del batallón de Zuavos fué bordada en un convento de Vigne y regalada al batallón por la Infanta Doña María de las Nieves. Se bendijo solemnemente en Suria el 1.º de Julio del 73, en presencia de los Infantes; después de su bendición, la tomó D. Alfonso, y delante del altar la entregó al comandante de Zuavos D. Ignacio Wils, el que, un mes más tarde, murió abrazado á ella. El 9 de Julio del mismo año 73 recibió la bandera su bautismo de fuego, siendo apadrinada por los Infantes; tuvo éste lugar en el combate de Alpens, en una posición que defendía dicho batallón y en la que se encontraban presentes SS. AA.; desplegada al lado suyo recibió el primer balazo. Después de haber rechazado al enemigo que con ímpetu y arrojo trató de apoderarse de la posición indicada, los Zuavos, á los gritos de ¡viva el Sagrado Corazón de Jesús! ¡viva la Virgen Inmaculada! ¡viva Carlos VIII! ¡viva Pío IX! ¡viva nuestro General en jefe! se tiraron al asalto de unas casas cerca de dicho punto, donde parte del enemigo se había refugiado, y de las que á pesar de la resistencia que dicha fuerza enemiga hizo, se apoderaron muy pronto. La columna enemiga era la de Cabrinety, el cual jefe había muerto de un balazo al entrar en Alpens, casi al prin-

cipio de la acción. El segundo batallón de Gerona, al mando de su intrépido jefe Auguet y con su bizarro comandante Villa de Viladrau á la cabeza, se batía también heroicamente en la población, desalojando al enemigo, una tras otra, de las casas que ocupaba. Pocas eran ya las que les quedaban; pero entre esas pocas había una que, por su ventajósima posición y por ser casi inexpugnable, era donde se había refugiado la casi totalidad de la fuerza republicana, y desde donde, con tales ventajas creía poder esperar la llegada de refuerzos. Los Zuavos buscaban inútilmente la manera de apoderarse de dicha casa, pues que, careciendo en absoluto de artillería, no podía abrir brecha, y en esas condiciones era difícilísimo y más que temerario el asalto, pues que el continuo y certero fuego del enemigo lo impedía. Por fin y en medio de una lluvia de balas, el comandante de Zuavos D. Ignacio Wils salta sobre una murallita que daba al patio de la casa y arena á sus fuerzas para el asalto; pero al ver la excitación por lo temerario de la empresa (pues que una vez en el patio serían abrasados por sus enemigos), cogió la bandera y al grito de «¡Á salvarla!», la tira al patio lanzándose tras de ella; el mismo ejemplo siguieron el capitán Giner y todos los demás Zuavos que allí se hallaban; el enemigo, pasmado de tan inesperado y temerario ataque, y atribuyendo la osadía de los nuestros á alguna circunstancia favorable y extraordinaria (como llegada de nuevos refuerzos ó algo así), perdió el ánimo y se rindió después de una corta resistencia. Con la toma de dicha casa se decidió la victoria, pues aunque quedaron algunas fuerzas enemigas que en diferentes casas se defendían, fué esta una resistencia muy débil y que concluyó totalmente á la una y media de la noche, en que se disparó el último tiro y cayó prisionero el último soldado de la columna Cabrinety.

Otro de los recuerdos que no puede menos de mencionarse al describir la historia de la gloriosa bandera que con tan heroicos hechos había empezado su campaña, es el recuerdo de la toma de Igualada, acaecida el 18 de Julio del mismo año 73. Esta ciudad estaba erizada de obras de defensa que la hacían casi inexpugnable. Mientras el Jefe carlista Miret que dirigía el asalto, penetraba en Igualada por la parte NE., el comandante de Zuavos D. Ignacio Wils, con dos compañías, escalaba por otra parte (bajo un fuego mortífero) la alta muralla que les separaba del interior de la ciudad; el resto de su batallón y parte de las demás fuerzas penetraban poco á poco en ella por diferentes puntos. Inútil describir las mil heroicidades que allí se presenciaron por unos y otros. Al día siguiente de haber entrado en Igualada se hallaba Wils con una pequeña parte de los Zuavos junto á la Rambla, á cuya entrada de la calle habían levantado los enemigos una formidable barricada, defendida por sus dos hileras de casas, de que el enemigo estaba posesionado: cuantos intentos se hacían para tomar dicha barricada, eran inútiles, pues cuantos á ella se acercaban caían en el acto, y así se desistió de volver á hacer nuevos ensayos; pero el comandante Wils, que no conocía obstáculos, intentó el asalto con un corto número de hombres; al lado suyo iba el abanderado alférez Defrance (que había sido instructor de Don Alfonso en Roma, cuando dicho Infante entró á servir en los Zuavos). Tan pronto como á la barricada llegaron, Defrance cayó muerto, y Wils sin desanimarse (y aunque herido también) cogió la bandera al momento y animando á los suyos, avanza con ella desplegada. El fuego enemigo caía tan nutrido, que era imposible salvarse; y el bravo comandante Wils, atravesado por mil balas, cayó muerto, abrazado á su bandera y tapándola con su cuerpo; igual suerte siguieron todos los bravos que le acompañaban, quedando por lo tanto abandonada dicha barricada, lo mismo que la bandera; y como nadie pudo en aquel entonces acercarse á la barricada, se ignoraba cuál hubiera sido la suerte

de dicha bandera. Mucho tiempo quedó allí, sin más guardia que un muerto, hasta que por fin los Zuavos, haciendo boquetes de casa en casa y tomándolas una á una, desalojando de ellas al enemigo, que se retiró de la Rambla, llegaron á la barricada, dueños ya de toda aquella posición. Así las cosas, fueron los Zuavos á recoger los muertos de la barricada, y allí se descubrió el precioso depósito que, muerto su comandante, había podido ocultar al enemigo; fué preciso un verdadero esfuerzo para hacer soltar la ensangrentada bandera de sus brazos.

En todos los sucesivos combates la bandera de los Zuavos tomó su gloriosa parte.

En el fuego de Gandesa, acaecido el 4 de Junio del 74, y en el cual el batallón de Zuavos fué diezmado, cayó herido el abanderado alférez Costilla; y recogida su bandera por el comandante Giner (sucesor de Wils), que al muy poco tiempo cayó también herido de muerte. La bandera entonces fué salvada por D. Augusto Wils (hermano del difunto D. Ignacio), que la recogió casi á los pies del enemigo.

Dos abanderados más murieron en otros combates.

El submarino en seco.—El submarino á flote.

(Págs. 264 y 265.)

Para satisfacer mejor la justa curiosidad de nuestros lectores de conocer el submarino, publicamos estas dos láminas, además de la suelta. Todas se han sacado de fotografías tomadas del natural.

Páginas de un carlista.

(Págs. 268-269-270.)

Es la continuación del episodio que empezamos á publicar en el número pasado; debiéndose la ilustración al reputado dibujante Pellicer Monseny.

LIBROS RECIBIDOS

LO QUE PIDE EL OBRERO.—Debemos á la amabilidad de D. José de Liñán un ejemplar de su librito titulado *Lo que pide el obrero*, compuesto de artículos publicados antes en *El Basco*, y cuya obra va dedicada al representante de nuestro Augusto jefe, Sr. Marqués de Cerralbo.

El libro está perfectamente escrito, como salido de la pluma del Sr. Liñán, y trata con sumo tino y delicadeza la cuestión palpitante de la unión y benevolencia entre el capital y el trabajo.

Creemos que el libro será del agrado de nuestros lectores, por lo que nos tomamos la libertad de recomendárselo.

Lo tenemos en nuestra Administración, y se vende al precio de una peseta.

IMPRESIONES DE CAMPAMENTO.—Tal es el título de una colección de cartas escritas desde Los Hijares por don Casto Barbasán Lagueruela, capitán-teniente de Infantería y director de la notable revista *Estudios Militares*, de Toledo.

El autor demuestra en sus cartas un espíritu militar de alto vuelo y un gusto literario de primer orden.

Le agradecemos los dos ejemplares remitidos á nuestra Administración, y le deseamos muchos lauros, más en sus aficiones literarias que en su carrera militar. Ya V. sabrá el por qué.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.